

## DOS LEGADOS OCULTOS Y UN MENSAJE TACITO (DE JOSE GIL FORTOUL Y SIMON BOLIVAR)

Germán Carrera Damas\*

### Introducción

Agradezco a esta digna Corporación el haberme invitado a participar en el ciclo de conferencias instituido para honrar el nombre y la obra de José Gil Fortoul, uno de los más ilustres historiadores venezolanos.

Omitiendo las obvias razones y circunstancias profesionales que vuelven honrosa para mí esta generosa invitación, hay dos motivaciones, íntimas, que me permitiré enunciar brevemente.

La primera motivación es que a la obra de José Gil Fortoul debo la consolidación de mi vocación de historiador. Hace casi medio siglo estuve muchos días recostado sobre el encerado que cubría la escotilla de la bodega de proa de un pequeño carguero alemán, el *Adolf Viennen*, que hacía la ruta Hamburgo, Amberes, La Habana y Veracruz, dedicado, tanto como durara la luz del sol y lo permitiese el estado del tiempo, a leer y releer los tres volúmenes de la edición de la **Historia constitucional de Venezuela**, hecha por la Editorial “Las Novedades” en 1942; y como postre a la de **El Hombre y la Historia**, en un ejemplar de la edición de la Editorial Garnier Hermanos de 1896, hallado casualmente en una librería de viejo en París.

---

\* Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Educación. UCV.

Estas lecturas me persuadieron de que la Venezuela histórica es un campo de conocimiento cargado de posibilidades metodológicas, y promisorio de significados historiográficos intelectualmente remuneradores. Cambió así el rumbo vocacional seguido por quien aspiraba entonces, y no lo ha conseguido ni lo conseguirá jamás, a dedicarse al estudio y enseñanza de la Revolución Francesa, en su cuna y fuera de ella.

La segunda motivación es quizás más íntima: esta invitación me permite sentir, como historiador, lo que el pez cuando lo ponen fuera del agua.

Pero, basta de intimidades y vamos al grano.

La lectura de las obras mencionadas me hizo intuir lo que fue esclarecido por el Seminario fundacional del estudio universitario de la Historia de la Historiografía Venezolana, realizado casi diez años después, cuyos resultados fueron publicados bajo el título de **El concepto de la historia en José Gil Fortoul**.

Me refiero al legado oculto que se desprende de la confianza manifestada por José Gil Fortoul, al escribir las obras mencionadas, en el recto sentido del desenvolvimiento histórico de la sociedad venezolana, reconocido por él como el sostenido y responsable esfuerzo de muchos próceres criollos por fundar la República venezolana sobre bases de institucionalidad civil y desarrollo social y cultural de la nación.

A su vez, la constante lectura crítica y contextual del pensamiento de Simón Bolívar, tanto el escrito como el expresado en su actividad política, me ha puesto en presencia intelectual del que denomino también su legado oculto.

Me refiero al continuo ideológico bolivariano que culminó con la dictadura, entonces desembozada, que estableció en 1828, cuando, casi según sus palabras, el soberano quiso honrarle con el título de su ministro y lo autorizó, además, para que ejecutara sus mandamientos. Todo político que no sea lerdo, porque de que los hay los hay, reclama para sí tener una especial disposición para escuchar la voz del pueblo, sobre todo en momentos y circunstancias en que el común de los mortales sólo percibe silencio y, a lo más, alguno que otro grito, de rabia o desesperación. Los problemas comienzan para las sociedades cuando lo que se proclama haber sido escuchado en la voz del pueblo es convertido, por quienes gozan de tal exclusividad, en una suerte de mandato mesiánico que pronto se vuelve voluntarioso, despótico, desorbitado y sobre todo prolongado. Es decir, la manera como esa voz obligante fue escuchada inicialmente por Simón Bolívar, y sobre todo cómo lo ha sido por los demasiados bolivarianos de aparato que han pretendido ser reencarnación o parodia de El Libertador.

Pero con ello agota su alcance la aviesa disposición de que han dado prueba los aspirantes a autócratas bolivarianos para hacer suyo el mandato que en su momento dijo haber recibido Simón Bolívar. Ellos, y quienes los han aupado y justificado, cierran sus entendederas, en cambio, a la más valiosa de las enseñanzas bolivarianas, es decir la resultante del despliegue de creatividad que, por impregnar su obra histórica, pasa inadvertida y por ello constituye un mensaje tácito.

De estas consideraciones emana el título de la presente conferencia: *Dos legados ocultos y un mensaje tácito (de José Gil Fortoul y Simón Bolívar)*.

### La sostenida presencia de los dos legados ocultos

Estos legados de José Gil Fortoul y Simón Bolívar, ocultos y sin embargo expuestos a la vista de todos, han estado activos en la fisiología social y política de la Venezuela independiente, hasta el punto de conjugarse en una danza a veces grotesca, pero no siempre perversa, de militarismo redentor y de civilismo reivindicador. El saldo permite hacer algunas comprobaciones.

Venezuela independiente no ha sido imperio, como México y Brasil. Tampoco ha padecido invasiones, como el mismo México, Nicaragua, Haití y Santo Domingo; ni ha tenido colonias que explotar. Los venezolanos no hemos fomentado guerras intestinas para vender armas; nuestro dominio sólo se ha ejercido sobre quienes siempre lo han padecido y siguen padeciéndolo, y no podemos culpar al extranjero de haber mutilado nuestro territorio sin tener que callar sobre nuestra imprevisión para preservarlo e incapacidad para defenderlo. Venezuela y los venezolanos no hemos sido conquistados, pero sí avasallados por caudillos de incuestionable venezolanidad.

Esto, y bastante más, podría decirse de la aventura histórica que es Venezuela independiente. Ante ella se abre una gama de posturas y actitudes que abarcan desde la desenfadada y patrioter, –y me viene a la mente aquella capciosa sentencia de Simón Rodríguez: “no hay cosa más patriota que un tonto”–, hasta la serena valoración que hiciera José Gil Fortoul del sentido fundamental de las hechuras y deshechuras que forman nuestra aventura histórica, con demasiada frecuencia realizadas prevaliéndose sus autores del mensaje oculto de Simón Bolívar.

Como sucede en toda aventura colectiva, hay quienes se detienen en apreciar lo circunstancial; pero también quienes lo sobrepasan al mantener la voluntad fija en la meta procurada. Decir que unos ven las realidades mientras los otros persiguen quimeras, ha sido la coartada de los subyugados espíritus realistas o “positivos”. Pero mal podrían alegar los primeros que, en la vida

de los pueblos, lo circunstancial es de naturaleza poco perdurable y, en consecuencia, de escasa significación, a menos que se pretenda que el régimen del general Juan Vicente Gómez Chacón fue una mera circunstancia.

Felizmente, el tiempo de realización de los pueblos no se mide sólo por lo recorrido sino también, y sobre todo, por lo que demuestran estar decididos a recorrer, y en ello lo que importa no es la energía perdida o malgastada, sino la determinación de reponerla para poder alcanzar la meta perseguida. Esa meta no es ni ha sido otra, en la sociedad venezolana, que el ser una sociedad genuinamente democrática, como quedó establecido, y ha sido poco advertido, en el Decreto de Garantías dado por el Mariscal Juan Crisóstomo Falcón en Caracas, el 18 de agosto de 1863, ratificado por la Constitución de 1947 y reiterado y ampliado por la Constitución de 1961.

### **Puede decirse que el trecho ya recorrido por la sociedad venezolana no ha sido excesivamente largo**

Basta un sumario estudio comparativo de esta admirable aventura venezolana con el curso histórico de la conformación de sociedades genuinamente democráticas en países de Europa y de América, para advertir que el trecho recorrido por la sociedad venezolana en busca de esa supuesta quimera no ha sido excesivamente largo. Al contrario, no sólo cabría alegar que ha sido comparativamente corto, sino, en general puede decirse que nuestro paso al recorrerlo no ha sido más lento que el de los demás pueblos que han emprendido un camino semejante.

Pero cabe reconocer que ha sido consecuencia de la notable aceleración del paso de la sociedad venezolana, en su larga marcha hacia la democracia, durante la segunda mitad del siglo XX, la acentuación del desfase entre la evolución sociohistórica correspondiente y la conciencia histórica. Esta última ha permanecido, en mucho, anclada en un conjunto de conceptos y criterios que si bien fueron producidos oportunamente por las historiografías patria y nacional, su persistencia lleva a temer que hemos carecido del coraje intelectual requerido para perfeccionar la superación crítica de esos productos historiográficos; al igual que nos ha faltado el arrojo intelectual y científico requerido para la reformulación de los mismos, situándolos en la perspectiva del proceso histórico global de nuestra sociedad.

Siguiendo esta línea de pensamiento, cabe registrar el hecho de que no nos hemos atrevido a complementar la que ha sido y sigue siendo la tesis fundamental de la historiografía venezolana, es decir la que hace de la declaración de la ruptura del nexo colonial el punto de partida del camino que

emprendió la nación venezolana hacia la independencia, hace ya cerca de dos siglos, con la comprobación de que una vez puesta en ese camino, y tan sólo medio siglo después de emprendido, la sociedad venezolana se fijó como meta convertirse en una sociedad democrática.

Ello ha sido así porque esta complementación habría significado reconocer que el verdadero punto de partida de la orientación que, desde mediados del siglo XIX, caracteriza la aventura histórica venezolana, no es la declaración de la Independencia, con la consiguiente abolición meramente declarativa de la monarquía, sino el haber optado por la república, primero liberal y luego también democrática, mediante la laboriosa digestión de la que pareció ser la eternal presencia de la monarquía, generadora de hábitos sociales y políticos tenazmente arraigados, y el inicio de su todavía hoy incompleto reemplazo por los de la república liberal democrática moderna.

Pero ¿cómo admitir, luego de catorce años de guerra y de una suma de padecimientos jamás imaginados, que la independencia no garantizaba la libertad? El reconocimiento de que el despotismo podía prevalecer sobre la independencia, volvería inútiles los sacrificios consentidos o soportados, a la vez que revelaba la lejanía del logro de los objetivos primordiales: la libertad y la igualdad.

En caso afirmativo tendríamos que reconocer, por lo mismo, que el acontecimiento primario de las grandes matanzas, como las calificara Laureano Vallenilla Lanz, que ensangrentaron nuestro siglo XIX, respondió a la aspiración, alentada por la generalidad de la sociedad, aunque con diversa motivación según los bandos enfrentados, de resguardar el poder colonial. Esto de manera global en lo que concernía al orden social, pero no menos significativamente en lo tocante a la preservación de la Corona en su función de principio legitimador, hasta entonces no objetado, de la estructura de poder interno de la sociedad.

Hemos querido engañarnos pretendiendo que quienes optaron por la preservación de la Corona eran los menos, los fanatizados por una religión de dominación, los no patriotas, en suma. Hemos querido engañarnos, igualmente, al vernos históricamente como los oprimidos por un lejano poder colonial del cual no éramos parte activa, mucho menos fundamental, sino víctimas reticentes. Hemos querido engañarnos, por último, presentándonos ante el mundo y la posteridad como combatientes contra un opresor, que pretendíamos externo, cuando en realidad estaba bien arraigado en nuestra conciencia criolla, y allí permanece.

Es cosa sabida que la conciencia histórica está en la base de la conciencia social, porque ella permite fundar la procedencia, la pertenencia y la permanencia de los individuos, los grupos, las clases sociales y las sociedades mismas. Igualmente, es sabido que la expresión política de la conciencia social revela el peso de la conciencia histórica. Individuos y sociedades estamos inmersos en esta poderosa y vital corriente, que reúne lo racional con lo sentimental. Mas, como corresponde, esa participación está desigualmente repartida, según lo determinen medios que van desde el desarrollo cultural hasta el patriotismo (y me vuelve a la mente el capcioso dicho de Simón Rodríguez).

De manera intuitiva o calculada, la compleja interrelación de manifestaciones de la conciencia histórica, sintetizada en el culto a Bolívar, ha sido usada por los dictadores y sus acólitos para retardar, entorpecer o desviar, la larga marcha de nuestra sociedad hacia la democracia. Pero la determinación democrática de la sociedad prevaleció sobre el designio autocrático del gomecismo, el lópezcontrerismo, y el pérezjimenezismo; y lo hace ahora sobre la versión militarista-socialista de ese designio.

La superación de estos trances ha marcado nuestra maduración como sociedad, y esto nos autoriza a asumir la conducta de una sociedad históricamente adulta, hoy empeñada, con renovado ímpetu, en preservar los valores fundamentales así ganados. A ello se entrega la sociedad venezolana en circunstancias que han vuelto más necesario que nunca el fortalecimiento de la conciencia histórica del venezolano, lo que vuelve imprescindible aliviarla de concepciones que adormecen su capacidad crítica.

Porque ya somos históricamente adultos, y por lo mismo capaces de asimilar las majaderías de la Historia, que en ocasiones gusta de jugar al mal para ganar el bien, también deberíamos ser capaces de comprender que llegamos a la independencia tras una disputa entre hermanos que dejó el territorio sembrado de cadáveres y la sociedad impregnada de rencores y cargada de mitos. Pero nos resistimos a admitir que la disputa no fue tanto sobre la ruptura del nexo colonial como sobre la abolición de la monarquía, si bien parecían conjugadas; porque sólo lo primero, llamándolo Independencia en vez de separatismo, podría justificar el altísimo costo pagado. No en balde todavía en 1820, pese al dolorosamente certero "Decreto de guerra a muerte", no pareció imposible, para algunos, la reconciliación en el regazo maternal de "la Pepa".

Porque ya somos históricamente adultos, y por lo mismo capaces de comprender que la Historia jamás entrega un resultado inequívoco, y por lo mismo con aspiración de ser incontrovertible, entendemos que de la disputa de la Independencia no sólo resultaron un país devastado y una sociedad

desarticulada, sino también, lo que es peor, abonada para que brotaran el desencanto, la desilusión y la desesperación, cuando comenzamos a vivir una república que parecía empeñarse en parecer una monarquía sin Dios.

Porque ya somos históricamente adultos, y por lo mismo capaces de comprender que la historia se compadece de los flacos de ánimo pero sólo exalta a los que viven con entereza su destino, debemos asumir como pueblo la responsabilidad de un pasado del cual somos herederos solidarios, aunque nos empeñemos, si bien en vano, en ignorar la condición obligante de esa solidaridad. Hasta el punto de que pareciéramos no comprender que vivimos tiempos en que pueblos de todos los niveles de desarrollo, y venerables instituciones, asumen a plenitud su pasado histórico, a veces cargado de delitos mayores contra la humanidad. En cambio, los venezolanos damos ejemplo de infantilismo historicista, retornando en esta materia a la primera mitad del siglo XX, si no más atrás. Para ello no sólo agitamos como banderas demostraciones de una lamentable anemia del sentido histórico, sino que pretendemos que por esas demostraciones se rijan el presente y se determine el futuro.

Es el momento de decirlo, y lo repito ahora con mayor propiedad: los pueblos que pretenden ignorar su historia se extravían, como le sucedió al pueblo alemán bajo el nazismo; y los pueblos que no son capaces de superar su historia ven agostarse su creatividad, como sucede en los Balcanes y nos está sucediendo a los venezolanos. A esto añado la comprobación, habida cuenta de nuestra actual experiencia pseudo ideológico-política, de que pueblo que no honra críticamente su historia descubre su flaqueza moral, no menos que su desnudez espiritual, y es justamente por ese flanco de la conciencia histórica por donde penetra la agresión antidemocrática, para desgracia de pueblos como el ruso, el cubano y amenaza del nuestro.

En tiempos difíciles para los españoles, don Miguel de Unamuno los llamó a marchar hacia el sepulcro del Cid, para rescatarlo de quienes lo usurpaban, al tiempo que labraban el infortunio de España; y los excitó a restablecer con aquél que vencía después de la muerte un contacto que tonificara el espíritu colectivo en su determinación de progresar socialmente y de instaurar la libertad. En tiempos no menos difíciles es oportuno, por contrapartida, que los venezolanos nos alejemos del sepulcro de Bolívar, para que él pueda dormir en paz su alta gloria; y que nos dispongamos a montarle guardia con nuestra conciencia crítica, para que la merecida admiración que le rendimos deje de perturbar su sueño y podamos enderezar nuestro sentido histórico. También para que él mismo deje de contribuir a que quienes han usurpado su sepulcro continúen labrando el infortunio de los venezolanos, y así recobremos la confianza en el progreso social y moral, y preservemos el disfrute de la libertad.

**Si bien puede decirse que el trecho recorrido no ha sido excesivamente grande, también puede decirse que no ha sido fácil**

Abundó el heroísmo, de parte y parte, como también la crueldad en la guerra; y la injusticia y el despotismo, que habían sido enrostrados al poder colonial como sus distintivos, se prolongaron en la república, como lo prueban los decretos de expulsión ejecutiva de los desafectos al nuevo régimen, fuesen españoles, fuesen colombianos.

Hubo, por consiguiente, quienes fijaron su atención en lo real y dieron testimonio de su desilusión. No eran de espíritu débil quienes esto hicieron, ni habían dejado de probar su heroísmo, ni eran proclives a la frustración. Por el contrario, el trasfondo de su pesimismo era la aspiración de hacer reverdecer una esperanza que pugnaba por convertirse en vana ilusión: la de una república donde no se diese la injusticia ni el despotismo pudiese restaurar su reinado.

Es una creencia historiográfica auto complaciente la que contrapone la sobrevalorada aspiración de independencia de los venezolanos de entonces a su forzada inserción en el cuerpo de la República de Colombia. Dimos el primer paso legal para crear esa República cuando necesitábamos sus recursos materiales y humanos, así como su apoyo estratégico, para flanquear el eficaz dispositivo militar montado por el Conde de Cartagena. Dimos el primer paso para romper la que había dejado de ser la garantía de nuestra independencia, justamente porque creíamos amenazados los resultados alcanzados en el restablecimiento del poder colonial, bajo la tutela del Pacificador. Así fueron tergiversados los contenidos liberales de la legislación colombiana y los mencionados decretos de expulsión de los desafectos al régimen republicano, con la prevista confiscación de sus bienes; al igual que causó alarma la abolición inmediata de la esclavitud, predicada, propuesta y recomendada por Simón Bolívar a los congresos constituyentes de la República de Venezuela, de la República de Colombia y de la República Bolívar.

No nacimos, por consiguiente, como nación independiente, enarbolando el estandarte de la libertad sino el de la seguridad. Y en aquellos momentos y circunstancias tuvimos razón: habíamos contribuido más que ningún otro pueblo a regar de sangre propia y ajena el territorio suramericano, en busca de la independencia de otros para perfeccionar y preservar la nuestra. Llegamos hasta decretar, y en ocasiones practicar, una versión circunstancial de la muy antigua y hoy universal y justamente condenada "limpieza étnica"; al mando de ejércitos colombianos desarrollamos una estrategia política anexionista respecto de Quito e invadimos y desmembramos el Virreinato del Perú. Lo hicimos con la conciencia tranquila que daba el también socorrer pueblos sometidos y procurar su independencia, o imponerla, según los casos,

salvaguardando la de la República de Colombia. Y lo hecho entonces ha quedado registrado, con toda justicia, como las hazañas de los venezolanos de Bolívar en la América Andina. Sin embargo, a la hora de la cosecha republicana prevaleció en los demás venezolanos, los que resultaron ser de Páez, la aspiración de seguridad. Pero ¿quién que sea capaz de imaginar los hechos de aquellos catorce años de guerra podría condenar ese repliegue pragmático, invocando para formular tal condena preceptos morales o abstracciones revolucionarias?

Tres décadas nos tomó llegar a comprender que la seguridad sin libertad desemboca en la autocracia y el despotismo. Más tiempo aún nos ha llevado comenzar a comprender que sólo la libertad conduce a la seguridad, auténtica y perdurable, por estar socialmente arraigada y democráticamente determinada.

Significa mucho la circunstancia de que a los venezolanos no nos tomó, esta evolución, más tiempo de la que les tomó a los europeos rescatar su conciencia del miedo a los excesos de la Revolución francesa y de la tormenta napoleónica. Para los franceses fue el lapso que medió entre la Restauración de la monarquía con Luis XVIII y la revolución de 1848, que tuvo amplia proyección continental.

Sobre este telón histórico se han proyectado los dos legados que, como he dicho, comparten el haber permanecido ocultos, y sin embargo estar a la vista de todos durante largo tiempo. Merece destacarse, igualmente, el hecho de que ambos legados ocultos tienen sentido antitético. Me refiero a los de José Gil Fortoul y Simón Bolívar.

### **El legado oculto de José Gil Fortoul**

El legado oculto de José Gil Fortoul consiste en haber dejado sentada históricamente la convicción de que los constructores de la República venezolana hemos sido los civiles. Formó esta convicción en medio del apogeo de una creencia social generalizada, que contrariaba eficazmente ese esfuerzo, para lo que se apoyaba en el crudo sentido común y en el libresco teorizar de historiadores y sociólogos de la época. Al formar esa convicción, José Gil Fortoul dio prueba de que poseía un sentido histórico crítico sólidamente asentado, pero también de que le guiaba una certera concepción de la responsabilidad social del historiador. Sea dicho esto último sin olvidar el juicio de Rufino Blanco Fombona, quien en un momento dado vio a José Gil Fortoul como un joven inquieto intelectualmente e ingenioso, pero casi obsesivamente preocupado por cuidar su cargo diplomático.

Permítanme una casi digresión para dejar sentada la naturaleza crítica de la alta valoración que hago del sentido histórico crítico de José Gil Fortoul. Mi reconocimiento es compatible con algunas de sus debilidades interpretativas, equivalentes, sin embargo, de las que pueden hallarse en la obra de cualquier gran historiador: Refiriéndose a la peripecia de Francisco de Miranda, escribió en el capítulo VII de la primera edición de la **Historia constitucional de Venezuela**, hecha en Berlín en 1907: ...“En Caracas se tenían noticias de sus gestiones en Londres. Era que la clase dominante sabía que Miranda expedicionaba con oro inglés; que el resultado inmediato del triunfo de la expedición sería la dominación de Inglaterra, y que con ello perderían los criollos su predominio oligárquico”... Dicho esto entró en un extenso examen de testimonios probatorios. Pero en la edición revisada, ya mencionada, de 1942, además de algunos ajustes en la puntuación añadió al pasaje citado el siguiente: ...“Desde el punto de vista patriótico, claro está que los criollos andaban errados, porque es más que probable que bajo el régimen inglés la civilización moderna de estas Colonias se hubiera impuesto rápidamente y con menos sacrificios de vidas y riquezas”. El prefacio de la segunda edición está fechado en Caracas, 1930, pero no parece posible determinar la fecha en la cual el autor introdujo el segundo pasaje citado. De allí que sólo pueda conjeturarse sobre los motivos y comprobar, eso sí, que el autor parece no haber considerado debidamente cuando menos tres manifestaciones del colonialismo británico, muy divulgadas en Europa: la colonización de Australia, que fue coetánea con los empeños de Francisco de Miranda; las Guerras Maoríes en la conquista de la hoy Nueva Zelandia (1863-1872); y las guerras anglo-boers (1880-81 y 1899-1902); de cuyas motivaciones y prácticas, así como de su extrema crueldad, tuvo que estar enterado el historiador diplomático. ¿O, nos preguntamos, era tal el lamentable estado de la civilización en Venezuela que le impresionaba el orden reinante en Trinidad, con sus calles limpias, sus parques cuidados y sus negros disciplinados? ¿O, simplemente pagó tributo, como lo hemos hecho muchos, al antihispanismo patriótico inculcado por las historiografías patria y nacional?

Sin embargo de algunas inconsistencias, como la señalada, es atendiendo a su legado oculto que considero a José Gil Fortoul el historiador del Proyecto Nacional venezolano. Ese legado ha permanecido oculto tras dos gruesos cortinajes, uno político y el otro historiográfico.

El cortinaje político ha derivado del consecuente servicio del diplomático político a la dictadura del general Juan Vicente Gómez Chacón, lo que a la vista de su convicción civilista sólo podría comprenderse invocando la explicación que una vez me dio otro gran historiador venezolano, Caracciolo Parra Pérez, en una conversación privada en la que, abusando quizás de la tardía amistad historiográfica que mantuvimos hasta su muerte, respondió a

mi pregunta de cómo podía explicarse que un hombre de su talento y cultura hubiese servido al mencionado general. Luego de un breve silencio, y quizás sopesando conmisericordiosamente la que, con toda seguridad, consideró mi todavía juvenil ingenuidad, me respondió con una sentencia que jamás olvidaré: "Por la más venezolana de las virtudes, amigo Carrera: la doblez".

El cortinaje historiográfico que oculta el legado de José Gil Fortoul al que me refiero ha resultado del título de su obra fundamental, **Historia constitucional de Venezuela**. Este título nos ha hecho pensar que se trata de la historia de Venezuela presentada a través de sus constituciones, o de la historia de las constituciones venezolanas o, a lo sumo, de la historia del constitucionalismo venezolano.

Durante muchos años participé de estas visiones, si bien es cierto que no me planteaba entonces, como cuestión verdaderamente significativa, el sentido y el alcance de que tal obra madurase a la sombra de la más eficaz dictadura que los venezolanos hemos padecido, por ahora. Ha sido mucho después, y como resultado de revisar la historia de Venezuela empleando otros instrumentos metodológicos y conceptuales, cómo he podido percatarme de la extraordinaria significación del que denominé el legado oculto de José Gil Fortoul.

La esencia de este legado, nada rebuscada, consiste en el resultado de haberse propuesto demostrar no solamente cómo la República venezolana ha sido construida por quienes mantuvieron viva y activa su confianza en la institucionalización del proyecto nacional venezolano, sino también en que poco o nada significativo ni perdurable han aportado a esa construcción quienes han violado esa aspiración, aunque lo hayan hecho alegando propósitos de orden, más que de paz y progreso.

Mucho tuvo que ceder el hombre José Gil Fortoul al miedo y/o al interés, pero a la sombra de éstos fue acumulando el legado al cual me vengo refiriendo. Se advierte en ese legado una secuencia que corre desde la reivindicación de "los trabajos de la paz" en el prefacio de la primera edición de su **Historia**, hasta el terrible final del primer tomo de la misma, en que pinta a un Simón Bolívar cadavérico en lo físico y retrógrado en lo ideológico. Para subrayar la contradicción que advertía en la conducta final de Simón Bolívar, el historiador intentó resaltar el civilismo del Libertador; pero escaso de argumentos, recurrió a inventarlo como un demócrata, en el prefacio de la segunda edición, lo que vino bien al sostenido empeño del General Eleazar López Contreras de constituir la República Bolivariana de Venezuela, aunque sin cambiarle de nombre.

Con esta pirueta intelectual quiso José Gil Fortoul subrayar la trascendencia de la tragedia ideológica y sentimental de quien fue literariamente presentado por el historiador como el héroe supremo, capaz de consentir el sacrificio de su prestigio y de sus convicciones para intentar salvar la República de Colombia, asumiendo, entonces de manera abierta, la dictadura comisoraria que no había dejado de ejercer en ningún momento desde que la asumió en Angostura en 1819, luego de haber resuelto trágicamente la pugna por el mando supremo.

Pero ¿cómo continuar la **Historia constitucional de Venezuela** después de que el general Antonio Guzmán Blanco moldease el país a su leal saber y entender? Habría sido necesario hilar muy fino para argumentar el deslinde entre la modernización autocrática que él inició y la autocracia retrógrada que le siguió, más aún viviendo en el seno de esta última y sirviéndola. Quizás por eso no ha aparecido el cuarto tomo.

Recordemos que temerle a Juan Vicente Gómez fue el más popular de los deportes practicados por los venezolanos durante tres décadas largas. Al ejercitarlo, el hombre José Gil Fortoul lo hizo como procuraba hacerlo con su prosa, preocupado por la perfección. Ello le permitió presentar el legado fundamental de su obra envuelto de tal manera que permaneciese oculto, sobre todo a los chismosos rivales que podían malponerlo con el dictador, manipulando su bolivarianismo con hedor de calabozo. Lo hizo tomando como pauta la moda historiográfica francesa del momento, al igual que su rival Laureano Vallenilla Lanz lo hizo con las ciencias sociales también francesas.

### **El legado oculto de Simón Bolívar**

El sentido del legado oculto de Simón Bolívar es diametralmente opuesto al de José Gil Fortoul. Constituye la matriz, objetiva y heroica, del prolongado extravío de la conciencia histórica de los venezolanos.

Poco de imaginario hubo en los fundamentos de la aspiración de seguridad de los venezolanos cuando rompimos la República de Colombia. No soporta la crítica el pretender que ésa era una aspiración alentada sólo por la ambición de poder de los sobrevivientes de la clase dominante colonial. Entre las enseñanzas que ofrece nuestra historia está la de que el despotismo y la crueldad se ceban de preferencia en los humildes, sólo que su cotidianidad no grita. Quien lo dude no tiene más que recordar los estímulos al patriotismo aplicados por unos y otros en la disputa en torno a una Independencia que era temida por su carga antimonárquica y que, por ello mismo, era considerada pecaminosa. El resultante estado de desarticulación de la estructura de

poder interna de la sociedad avaló los temores, y la conducta consiguiente, que llevaron a que se pretendiese, al constituir la República de Colombia, meter al Rey en la república, rescatando del naufragio del poder colonial probados instrumentos de control social.

Pero ¿por qué calificar también de heroica la matriz del prolongado extravío de la conciencia histórica de los venezolanos? Valga lo dicho por el historiador que hoy todos reconocemos como el horcón de la historiografía republicana venezolana: la matriz tuvo de heroica el haber representado el postrer sacrificio de su prestigio por quien gozaba del reconocimiento como Padre de la Independencia, pues así valoró el historiador la dictadura montada por Simón Bolívar y sus fieles tenientes en 1828. Para el caso importa mucho advertir que no se trataba de la dictadura comisoria otorgada por autoridades constituidas, en representación de un congreso soberano, como lo fue la encargada a Francisco de Miranda en 1812; sino la dictadura arreglada mediante pronunciamientos militares, si bien el reticente dictador había dictaminado años antes que en Colombia el pueblo estaba en el ejército y que los que no estaban en él eran ciudadanos pasivos.

Si sopesamos el que llamo el legado oculto de Simón Bolívar, podemos concluir que para él siempre hubo distancia entre el ejercicio eficaz del poder y su fundamento institucional. Por eso es quizás posible sostener que él nunca gobernó, y muchas veces afirmó su incapacidad para hacerlo, declarándose soldado.

Pero he dicho el legado oculto de Simón Bolívar y esto requiere alguna explicación. Simón Bolívar negó la existencia de un pensamiento oculto, y así se lo dijo a Estanislao Vergara el 31 de agosto de 1829, cuando éste lo incitó a que compusiese una constitución que ayudase a superar la crisis que vivía Colombia, al declarar que quien quisiera conocer sus opiniones no tenía más que releer sus papeles públicos.

Esta salida no era evasión ni jactancia. Estaba en lo cierto. Desde el denominado Manifiesto de Cartagena, de 15 de diciembre de 1812, hasta los documentos públicos del final de su malhadada dictadura, corre una impresionante continuidad ideológica que fue fundamento de su acción política y militar. Y es en ese denso corpus documental donde está explayado, si bien negado a la vista de quien no pueda ni quiera verlo, el legado oculto de Simón Bolívar.

Dos circunstancias condicionan el querer y el poder ver el legado oculto de Simón Bolívar. La primera no le fue exclusiva; la segunda ha llegado a serlo por obra de quienes la han hipertrofiado y hasta han revelado un insensato gusto de caer en ridículo.

La primera circunstancia la comparte Simón Bolívar con todos los grandes reformadores de sociedades; y llevar una sociedad, aunque fuese a los porrazos, de la monarquía a la república, no es poca cosa. A esos hombres, grandes de toda grandeza, suelen pasarles inadvertidas las que terminan por revelarse como las repercusiones potencialmente más eficaces de su propia acción reformadora. Por ello sucede que, cuando el curso de su obra les hace tan comprometedoras revelaciones, fijan su atención en la distancia que separa esas consecuencias del que fue su proyecto original, e incurren en el error de tratar de encauzarlas o, lo que es peor, de frenarlas. El saldo de esta actitud ha sido siempre la desesperación y el desacierto político, y muy alto el precio pagado: el exilio o la muerte. El Siglo XX aportó conocidos ejemplos de esta peripecia de la grandeza.

La segunda circunstancia que envuelve el querer y el poder ver el legado oculto de Simón Bolívar es “el culto a Bolívar”. Este instrumento de adoctrinamiento ideológico concebido por el general Eleazar López Contreras, desarrollando lo iniciado por el general Antonio Guzmán Blanco, ha sido y es tan eficaz que ha condicionado y condiciona la visión histórica de estas materias, incluso la de quienes hemos alertado sobre los peligros encerrados en tal culto para la democracia y la libertad.

El juego de estas circunstancias ha permitido que el legado oculto de Simón Bolívar permaneciese como tal hasta que, perversamente, el militarismo tradicional y el socialismo en derrota se confabularon para explotar el irracional bolivarianismo, componer el absurdo coctel ideológico denominado “marxismo-leninismo-bolivarianismo”, y utilizarlo para embriagar amplios sectores sociales y elementales mentalidades militaristas.

### **El doble significado de la valoración histórica del legado oculto de Simón Bolívar**

Lo escrito no sólo pertenece a todo quien lo lea sino que deja de pertenecer a quien lo escribió. Esta es la venganza terrible del que padezca, con la lectura, las consecuencias de los afanes de los espíritus atrapados por la modalidad de la locura que, según Erasmo, consiste en llenar papeles de pensamientos y citas, estando pendientes sólo del juicio exclusivo del colega. Pero ¿qué decir de quien al leer ve letras, y a lo sumo palabras, pero no advierte la presencia, sin embargo dominante, de lo que éstas no entregan de suyo? Valga esta advertencia, y el ejemplo que les sigue, para estimular el sentido crítico al interpretar el referido legado oculto de Simón Bolívar.

Cuando Simón Bolívar escribió al general Antonio Nariño, el 21 de abril de 1821, que el Presidente de la todavía no fundada definitivamente República

de Colombia debía ser militar, estableció una pauta, la de privilegiar el poder militar sobre el civil, que ha sido nefasta para la democracia venezolana, probablemente porque olvidó subrayar la transitoriedad de su recomendación, ni tuvo la prudencia de limitarla, terminantemente, a las circunstancias que rodeaban el acto fundacional. Y al justificar su recomendación, en carta al general Francisco de Paula Santander de igual fecha, echó por la borda el civilismo que reinó en Venezuela y Nueva Granada al brotar la crisis política que desembocó en la disputa de la independencia, del que hizo sangrienta burla en el denominado Manifiesto de Cartagena. Esto sea dicho, si bien, obviamente, no puede imputársele a Simón Bolívar responsabilidad directa por el hecho de que los militares venezolanos, atropellando el sentido histórico, llegaran a considerarse los continuadores históricos de los ejércitos libertadores, todo por dictatorial decreto de la Junta Militar de Gobierno, de 22 de junio de 1949.

Al incurrir en este exabrupto historicista, quienes por su medio pretendieron legitimarse ignoraron uno de los más luminosos componentes del legado oculto de José Gil Fortoul, contenido en el prefacio de la segunda edición de su *Historia*: ...“La República venezolana nació en el cerebro de sus próceres criollos. La propaganda europea y panamericana de Miranda; el programa de la rebelión de Gual, de España y de sus compañeros en la prisión, en el destierro y en la horca; la diplomacia revolucionaria de 1808 a 1810; las teorías constitucionales del Congreso de 1811, significaron mucho más que las guerras posteriores, como que en todas aquellas ideas estaba ya el alma y el impulso de las sucesivas batallas y victorias”...

También al incurrir en este exabrupto historicista quienes entonces usurpaban la República pretendieron recomendarse no ya como defensores de la independencia nacional, sino como autores de la misma. “Nosotros hicimos la Independencia”, le oí decir, jactancioso, a un general cuyo nombre fue sumido en el olvido por el lado piadoso de mi memoria.

La utilización militarista y autocrática del pensamiento y la acción política de Simón Bolívar brota sin esfuerzo del contenido declaradamente anti-democrático de los mismos. Pero entre la naturaleza de ese legado y su utilización militarista media la responsabilidad de los desbocados ofiциantes del culto a Bolívar, que tanto empeño han puesto en proclamar la intemporalidad, y por lo mismo la eterna vigencia, del pensamiento y el ejemplo de Simón Bolívar. La versión de un Simón Bolívar demócrata, como la sostenida por José Gil Fortoul, valiéndose del retórico contrasentido de su sentencia sobre que los verdaderos demócratas suelen venir de arriba, no resiste la lectura crítica de los documentos que produjo el Libertador, como tampoco la valoración de sus actos de gobierno. Aunque siempre será posible rastrear

en ellos indicios contrarios a lo que llevo dicho, no son éstos los que marcan la continuidad de su pensamiento ni su vínculo con la acción política. En los hechos, el persistente y razonado rechazo de la democracia que corre en el pensamiento y la acción política de Simón Bolívar, sitúa su legado oculto en franca contradicción con la vocación democrática de la sociedad venezolana a que vengo refiriéndome.

### **Como contrapartida del legado oculto de Simón Bolívar, un mensaje tácito que los venezolanos nos hemos negado a recibir**

Mas, al mismo tiempo que el legado oculto de Simón Bolívar ha servido para labrar, en muchas ocasiones y por largos períodos, el infortunio de la tenaz aspiración democrática de la sociedad venezolana, al legitimar la usurpación de la República por autócratas y dictadores, se desprende del pensamiento y la obra de Simón Bolívar un mensaje que incluso sus más fervorosos adoradores, ya sean sinceros, ya sean perversos, se han negado a recibir.

Hace mucho tiempo que intento llamar la atención de los jóvenes sobre este mensaje, porque considero que de ser escuchado y seguido podría generar el antídoto que anule los efectos del que he denominado el legado oculto de Simón Bolívar. Lo hice, inicialmente, en una ponencia presentada en el acto conmemorativo del Bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar, organizado por el Instituto Iberoamericano del Patrimonio Cultural Prusiano, en Berlín, en septiembre de 1983. Dije entonces que la ...“valoración herética del pensamiento, la figura y la obra de Simón Bolívar sugiere que la manera de identificarse con la esencia de ese pensamiento, y sobre todo con la actitud de Simón Bolívar como pensador, consiste en practicar la percepción creativa de la propia realidad, y en no tomar el atajo de la invocación de un pensamiento para proceder a adaptarlo hasta suplir el esfuerzo creativo”... Sostuve, además, que el haber procedido de esta manera le permitió a Simón Bolívar formular una teoría de la independencia de las colonias españolas de América, que se reveló ajustada a su tiempo, creativa y operativa, lo que debería constituir lo más acabado y fundamental de su legado. Por último afirmé que tal mensaje nos convoca a evitar el fácil expediente de marchar con las muletas en que ha sido convertido su pensamiento, y a producir nuestra teoría del presente.

En tiempos actuales vemos cómo ese mensaje no solamente no ha sido escuchado, sino que en su lugar ha sido saqueado el pensamiento de quien lo emitió. Así ha sucedido al utilizar el bolivarianismo con fines de manipulación, más sentimental que racional, para reunir, en una abigarrada ideología de reemplazo, el socialismo desvirtuado y el militarismo tradicional. De esta

manera, quienes cometen tal atropello al sentido histórico no sólo rehuyen la tarea, para ellos irrealizable, intelectual y éticamente, de actualizar el socialismo, sino que también abusan del sentimiento popular bolivariano, explotando de manera proditoria el que ese sentimiento haya sido convertido en una suerte de segunda religión.

El mensaje dirigido a estimular la creatividad no ha podido llegar por la interferencia de una dañina empresa de semideificación de Simón Bolívar, que ha podado su pensamiento y su obra de cuanto podía contrariar esa empresa. Para ello se distrajo la atención de la historiografía de lo más incómodamente creador, dejándolo de lado o desviando su significado. Me limitaré a enunciar, de manera sumaria, algunas muestras muy representativas de tal proceder:

Mientras la Constitución Política de la Monarquía Española, de 1812, abrió el capítulo II sentando los principios de que "La Religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera"... y que "...La Nación la protege por leyes sabias y justas, y prohíbe el ejercicio de cualquiera otra"; y que en la Constitución Federal Venezolana, de 1811, se habían postulado preceptos semejantes, Simón Bolívar puso empeño en que no se legislase sobre materias religiosas, por considerarlas del dominio exclusivo de los creyentes y Dios. Mas la historiografía ha puesto su atención en indagar sobre la sinceridad del sentimiento religioso personal de Simón Bolívar, y ha prestado poca atención, si alguna, a la experiencia adquirida por Simón Bolívar, a costa de grandes fracasos, sobre la conexión efficacísima entre la conciencia monárquica y la conciencia cristiana católica. Al bolivarianismo obsesivo no le bastaba un Simón Bolívar respetuoso del creyente.

No ha merecido mejor suerte el constitucionalismo cultivado por Simón Bolívar, sobre todo en su Proyecto de constitución para la República Bolívar. Al respecto, la controversia tomó el camino, bastante irrelevante, de si encubría o no un plan y hasta una aspiración monárquica personal. Se desdeñó, por consiguiente, su mayor mérito: el de ser el proyecto resultado de la vivencia creativa de una experiencia política enriquecida, al salir del ámbito venezolano, que le llevó a cometer la osadía de proponer y recomendar una vía sintética que condujese a la instauración de la república, semejante a la procurada por los franceses a partir de 1848. Pero, por sobre todo, la historiografía ha ocultado detrás de ese debate prejuiciado la muy temible circunstancia de que en el texto constitucional se consagra la inmediata y absoluta abolición de la esclavitud, dejando para un futuro incierto la indemnización de los amos.

La vinculación de la Capitanía General de Venezuela y el virreinato de Nueva Granada no fue idea del todo de Simón Bolívar, pero sí lo fue la fundación de la República de Colombia en Angostura el 17 de diciembre de 1819; como

lo fueron la estrategia de llevar la guerra al Sur y sus instancias fundamentales, es decir, la política anexionista que incorporó la Presidencia de Quito a la nueva República, y la invasión del Virreinato del Perú y su desmembramiento, para garantizar la independencia de Colombia. En suma, un despliegue de realismo político y de creatividad que ha sido presentado como una cruzada desinteresada, libertadora de pueblos oprimidos, aunque en algunos casos arrojase también ese resultado.

El realismo no se mide, en estos casos, por la feliz y perdurable realización de los proyectos, sino por la autenticidad de la demanda que se buscó satisfacer y por la atingencia de los proyectos formulados con tal fin. La creatividad se expresa en este caso por lo que una vez le escribí a mi admirado y querido amigo David Bushnell: la diferencia fundamental entre Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander consistía en que cuando el primero necesitaba una idea la producía; cuando el segundo necesitaba una idea, la recordaba.

### **Conclusiones**

Estoy consciente de que no he dicho cosas nuevas, ni lo he intentado. No he dado demostraciones de tremendismo historiográfico, ni me lo he propuesto. He querido, tan sólo, presentar, ante esta digna corporación e invitados, con sinceridad y hasta con candidez, parte del curso que han seguido las dudas y preocupaciones que contribuyó a despertar en mí la lectura de las obras básicas de José Gil Fortoul, iniciada a favor de una lentísima navegación en un pequeño carguero alemán.

Señoras y señores, muchas gracias.  
Londres, agosto-septiembre de 2002